

# ARISTÓTELES: A LA *METAFÍSICA* POR LA RUTA DE LAS APORÍAS

*ARISTOTLE: TO METAPHYSICS THROUGH APORIAE*

José Solana Dueso

Aguirre Santos, J., *Dialéctica y filosofía primera. Lectura de la Metafísica de Aristóteles*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2015, 133 páginas.

Javier Aguirre, profesor de la UPV, autor de un valioso libro sobre la *Metafísica* de Aristóteles altamente especializado (*La aporía en Aristóteles*) y de numerosos artículos sobre filosofía antigua, publica ahora este volumen en el que se nos ofrecen “las claves de lectura” para comprender la *Metafísica*, quizá la obra más influyente de Aristóteles y probablemente la más compleja, una obra compuesta de catorce libros, cuya unidad y coherencia resultan muchas veces problemáticas. Dadas estas características, parece un requisito metodológico muy aconsejable el determinar de antemano la perspectiva desde la que se va a interpretar el tratado en lo que toca, no tanto a cuestiones críticas sobre el texto y su redacción en el Liceo, cuanto a la unidad de las doctrinas y temas que aborda.

Comenzaré refiriéndome al título del libro: *Dialéctica y filosofía primera*. Como es bien sabido, el término *metafísica* no fue utilizado por Aristóteles, sino que debió de ser una invención bien de los peripatéticos o bien de Andrónico de Rodas. Aristóteles utilizó el término de *filosofía primera*, por oposición a la filosofía segunda, que es la física. Esta estudia la sustancia sensible y, si no existiera la sustancia suprasensible, objeto de la filosofía primera, la física sería la ciencia primera. ¿A qué viene el término *Dialéctica* que, aparentemente, poco o nada tiene que ver con la *Metafísica*?

Este término proporciona una de las claves de lectura de la *Metafísica* por parte de Javier Aguirre. En una parte del libro (titulada precisamente, “Dialéctica y filosofía primera”, pp. 59-68), el autor, tras negar la identificación entre ambas, subraya que “las ciencias particulares se sirven de numerosos procedimientos dialécticos, de tal modo que cabe afirmar que la dialéctica participa en la construcción positiva del saber” y tras esta afirmación, se arriesga a decir que “en algunos ámbitos, como es el caso de la metafísica o de la ética, la dialéctica constituiría el único procedimiento posible” (p. 65).

Más adelante, Javier Aguirre insiste en afirmar que el establecimiento de los primeros principios (se refiere, sobre todo, al principio de no contradicción y a la discusión aristotélica sobre el mismo en el libro IV) “pertenece a la dialéctica, al entender que los principios, en cuanto principios, no pueden ser establecidos mediante procedimiento apodícticos, sino mediante procedimientos indirectos ajenos a la silogística” (p. 67).

Desde esta perspectiva, que en mi opinión es problemática, se comprende el título del libro, pues la dialéctica sería el procedimiento metodológico indispensable del que se valdría el filósofo para construir lo más genuino de su sabiduría, que es la filosofía primera y sus temas.

Bien es cierto que el autor, más adelante, introduce una importante matización, al manifestar que “cabe afirmar con seguridad que la fase euporética va más allá de lo establecido por los procedimientos propiamente dialécticos de las fases aporética y diaporética del proceso” (p. 68). También en las conclusiones finales se nos recuerda que “aun valorando la importante presencia de los procedimientos dialécticos en la conformación de la filosofía primera, el método de ésta no puede identificarse con el de la dialéctica, pues la fase euporética, identificada con la búsqueda positiva de la solución, constituye una fase mucho más compleja, no dialéctica, que va más allá de las reflexiones realizadas por el Estagirita a propósito de las aporías planteadas en los libros aporéticos” (p. 117)

En todo caso, la dialéctica y, más en concreto, las aporías constituyen el punto de vista o atalaya desde la que Javier Aguirre propone recorrer el complejo universo de la *Metafísica* de Aristóteles. Dicho recorrido incluye tres fases constitutivas:

- a) la fase aporética, que implica el análisis de la tradición filosófica, donde se analizan los planteamientos, propuestas y teorías de los predecesores. Aristóteles despliega esta labor, sobre todo, en los libros I (el germen de la primera historia de la filosofía), XIII y XIV (análisis de las doctrinas pitagóricas y académicas).
- b) la fase diaporética, en que Aristóteles perfila todos los problemas y aporías que se deben resolver para poder constituir la filosofía primera. Esta labor queda planteada globalmente en los libros III y XI (1-2).
- c) la fase euporética constituye el momento de presentar las soluciones a las aporías y constituir propiamente la ciencia que se busca. Este trabajo constituye el núcleo de la *Metafísica*, que son los libros restantes, con excepción del V, que constituye un inestimable *diccionario* filosófico sobre los términos claves de la filosofía primera. Es importante recordar que esta fase, como señala Javier Aguirre, “puede darse o no darse de un modo completo, tal

como se pone de manifiesto al analizar las soluciones ensayadas por el Estagirita a propósito de algunas aporías” (118).

El autor presenta este esquema en la introducción (pp. 13-14) e insiste en él en otros lugares, como, por ejemplo, en las conclusiones finales, lo que prueba el papel capital que juega en la propuesta de lectura de Javier Aguirre.

Veamos cómo se insertan en este esquema los cuatro capítulos que, si descontamos la introducción y el capítulo quinto, dedicado a conclusiones, constituye el cuerpo de este libro.

Los cuatro capítulos se pueden leer dos a dos: los capítulos 1 (“Sabiduría y tradición”) y 3 (“Ente, substancia, forma y motor inmóvil”) ofrecen el contenido positivo de la metafísica o filosofía primera. A su vez, el capítulo 2 presenta “las aporías de la filosofía primera” y el 4 ofrece las “soluciones de las aporías”.

Esta disposición de la obra, si bien se mira, sigue la secuencia misma de la *Metafísica* de Aristóteles con alguna pequeña salvedad. En efecto, el capítulo primero aborda la cuestión de la *sophía*, tal como es planteada en los primeros capítulos del libro I y en el libro II (el *alfa minor* que, quizá por su brevedad, parece no tenerse muy en cuenta) y, en segundo lugar, las aportaciones de la tradición filosófica. En esta segunda parte, Javier Aguirre distingue dos bloques analíticos: de un lado, lo referente a los llamados presocráticos y, de otro, las críticas a Platón y otros miembros de la Academia, que se desarrolla en los capítulos 6º y 9º. Pues bien, Javier Aguirre, con buen criterio, expone a continuación la crítica a Platón y otros académicos que Aristóteles desarrolló con amplitud en los libros XIII y XIV. Aprovecha este lugar para referirse a la célebre teoría de la doctrinas no escritas (las *ágrapha dógmata* citadas en la *Física* 209b15), propuesta por la escuela de Tubinga, aunque no se pronuncia sobre el fondo de la cuestión.

El capítulo segundo está dedicado a las “aporías de la filosofía primera” que ocupan el libro III de la *Metafísica* en su integridad, más los dos primeros capítulos del difícil libro XI, que, en una especie de segunda navegación (“una versión reducida” dice Javier Aguirre), vuelven a exponer las aporías. Este es el capítulo más extenso de la obra, extensión que se justifica porque el libro III constituye el programa de la filosofía primera y no una exposición de cuestiones preliminares (p.47), aun cuando, teniendo presente el notable desajuste entre el libro III y el conjunto de temas, problemas y argumentos desarrollados en la *Metafísica*, no puede decirse que el libro III contenga en germen el conjunto de la obra, por lo que no puede “ser considerado en sentido estricto un programa de la *Metafísica*” (p. 48), y así lo repite el autor en las conclusiones finales (p.116). Pese a ello, este libro III goza de una posición preponderante en la lectura de Javier Aguirre, no

solo porque es un programa, al menos parcial, de cuestiones básicas de la filosofía primera, sino por su carácter metodológico. El análisis del libro III permite al autor precisar el método aristotélico en la elaboración de la filosofía primera y poner en primer plano el papel imprescindible de la dialéctica en ese cometido. Este capítulo constituye uno de las partes más originales del enfoque de Javier Aguirre, que, tras ofrecernos un sustancioso resumen de la aporía en la tradición griega (p. 31-35), desarrolla en apartados sucesivos el significado, el objeto, el contenido y la estructura de las aporías. Este segundo capítulo concluye con una de las tesis centrales de Javier Aguirre: el papel de la dialéctica en la constitución de la filosofía primera, cuestión a la que ya me he referido.

Los capítulos 3 y 4 están dedicados a lo que el autor llama el momento euporético, es decir, la elaboración de las tesis y argumentos de la filosofía primera, que habrán de constituir el contenido de la ciencia buscada. Solo que ambos capítulos nos ofrecen lo mismo, el contenido de la filosofía primera, pero ofrecidos desde dos perspectivas distintas: el primero, la argumentación aristotélica en la constitución positiva de la filosofía primera, y, la segunda, esto mismo bajo la perspectiva de la solución a las aporías correspondientes.

El capítulo tercero ofrece el núcleo más sustantivo de la metafísica aristotélica, que gira en torno a los conceptos de *ente*, *substancia*, *forma* y *esencia*. Javier Aguirre presenta un análisis detallado de los textos clave sobre estas cuestiones, sometiéndoles a crítica y articulando una explicación lúcida que conduce a lo que el autor considera una de las tesis más importantes de la metafísica: “que la substancia es la *forma*, identificada con la *esencia* expresada en el enunciado de la definición” (p.75). Esta preferencia aristotélica por la forma frente a la materia o el compuesto, concluye Javier Aguirre, dejan ver “la profunda huella platónica” en la ontología aristotélica, poniendo así en cuestión la supuesta emancipación de Aristóteles de la órbita platónica.

Tras la tesis de la identificación de la substancia con la forma, el segundo gran tema de este segundo capítulo es el motor inmóvil. Como se sabe, Aristóteles le dedica el grueso del libro XII. También la *Física*, especialmente el libro VIII, aborda el tema. Claro que a un ensayo breve como el que comentamos, que se propone ofrecer una guía de lectura de la *Metafísica*, sería mucho pedirle que preste atención también a otras obras del Estagirita. Pero el caso del motor inmóvil parece requerirlo aunque sea sucintamente, como, por lo demás, el autor lo hace en el caso de la teoría de las causas, tema igualmente tratado en la *Física*. De ese modo se hubiera ganado una nueva dimensión al entender el motor inmóvil como una hipótesis necesaria, no ya para la metafísica, sino para la propia física de Aristóteles.

En particular, el principio de que “todo lo que está en movimiento tiene que ser movido por algo” (*Física* VII 241b) no puede ser obviado porque está en la base del razonamiento que conducirá al motor inmóvil. Por lo demás, el propio libro XII de la *Metafísica* (1073a26) hace referencia a ese principio de la física.

El capítulo cuatro nos ofrece lo que podríamos llamar la exposición del contenido positivo de la metafísica desde la perspectiva de la solución de las aporías. En este capítulo se nota que el autor está de nuevo en su firme atalaya del libro III, desde el que contempla la vasta construcción aristotélica, en la que destacan tres núcleos: el contenido de la sabiduría o filosofía primera, la problemática de la substancia y la naturaleza de los principios. Como puede observarse, la cuestión teológica no se plantea de modo explícito, por lo que no hay un capítulo sobre el motor inmóvil, como en el capítulo anterior. No obstante, Javier Aguirre señala los numerosos hilos que conducen desde la substancia al primer motor, que Aristóteles identifica con la divinidad.

En las conclusiones finales, el autor, con buen criterio didáctico, ofrece ocho breves apartados en los que nos presenta una síntesis de las ideas clave que defiende a lo largo del libro.

La obra se cierra con una amplia y actualizada bibliografía de trece páginas, donde el lector podrá encontrar los instrumentos imprescindibles para afrontar el estudio de la metafísica en la actualidad. Y nos da idea también del rigor y seriedad con que trabaja Javier Aguirre.

El libro, por su brevedad, puede parecer una introducción sencilla a la *Metafísica*, pero no es así. Primero, porque no es sencilla, y es dudoso por otra parte que se pueda ofrecer una introducción sencilla a una obra tan difícil y complicada como es la *Metafísica*. Y segundo, porque no es una introducción, sino más bien una guía de lectura, que destaca por la originalidad en cuanto al planteamiento y al punto de partida que propone. El libro nos ofrece no solo el resultado final al que llegó Aristóteles, sino también las encrucijadas que tuvo que afrontar para alcanzar ese final.

Como estudioso de la filosofía griega no me cabe sino saludar la publicación de este libro que, sin duda, será un buen compañero de viaje para quienes se aventuren por el intrincado mundo de la *Metafísica* aristotélica, ese “punto de agitadas olas” que de modo tan decisivo ha influido en el pensamiento filosófico occidental.

José Solana Dueso  
Universidad de Zaragoza  
jsolana@unizar.es